

Gregorio Reynolds



Discurso laudatorio para honrar al poeta parnasiano Gregorio Reynolds (1882-1948), expuesto por Federico Mora durante la velada organizada por los escritores en La Paz, el 27 de mayo de 1918.

VII parte

En Reynolds, seguramente culmina acaso para concluir, el gran ciclo renovista que iniciaron y sostuvieron con tan lírica fortuna Darío, Jaimes Freyre, Chocano, Nervo. El afán por la imagen nueva, por el vocablo exótico, por la cultura esotérica; el amor al Parnaso, la desmedida tendencia hacia una libertad que podríamos llamar extrarrealista o ultraestética, confluyen, acaso terminando, en Reynolds que, sin disputa, en su generación tendrá pares, y no muchos; pero jamás superiores.

El mismo Reynolds se orienta ya hacia el subjetivismo simbólico donde la imagen y el vocablo quieren ser más que sugerencias auxiliares, valores distintos que unifican vastos panoramas de la vida interior líricamente correlacionada con las vibraciones de la vida exterior. Todo esto, remozando el idioma y la emoción en el agua clásica, fuente de perfecciones y asilo de purezas.

Reynolds es un estudioso y un meditador a la vez que artífice paciente y pensador zahorí. Sabe que la buena amiga Inspiración ha resultado infidente -hembra al fin- y que el buen camarada Numen es un poco olvidadizo y necesita ser requerido por mensajes de biblioteca y de cavilación razonadora ante la vida y sus complejas sinuosidades.

Y también -¿deberemos dolernos de ello?- Reynolds ya sabe y profesa que la alegre y pizpireta Bohemia, la querida falaz y alucinante de tantas juventudes, tiene amor un poco tóxico y da placer no muy limpio. Más vale trabajar, trabajar mucho, con mucho método, con mucho empeño, que al fin y al cabo eso ennoblece la vida, da y hogar y dulzura, un poco de amor y otro poco de melancólica jocundidad y de pensativa poesía - buenas prendas para las vidas que, en su primavera acaso soñaron con desbordes luminosos y frenéticos. ¡Qué le vamos a hacer!

Los que escribimos, también somos hombres y solemos ponernos viejos y más tempranamente que otros mortales. También somos hombres y tenemos derecho a una novia que si bien nos corta un poco las alas aquilinas, nos da vida y tibieza, aire cariñoso y agua fresca, pan dulce y sueño sereno de amor.

Todo esto es grato, y acaso valga la pena vivir luchando y sufriendo solo para que la compañera tenga un poco de orgullo al sentirse amada del que puede vencer a la vida y hacerse cortejar por las musas. Quien sabe todo esto sea más que un celibato frío y lleno de sueños en una casa mercenaria donde ninguna risa de mujer nos parezca hermana de nuestra risa.

No es olvidable aquella fiesta.

Pero aquella fiesta en la que había consagración al gran poeta, no estaba toda hecha de gloria. Había algo más que esa polvareda dorada y olorosa. Algo más efectivo y profundo. Había el cariño al buen muchacho, al excelente camarada jamás envanecido, nunca lleno de esos egoísmos imperativos y un poco torpes que son la primera señal de las grandes vidas que se tuercen; nunca gustoso de esa burla con traza de cortesía o disfraz de afecto, esa burla que delata envidias acaso inconscientes o incomprendiones por lo general denigrantes.

Había en aquella fiesta el hondo aprecio deferente hacia el compañero caballeroso y nunca tildado, que siempre supo rodear de íntimo y cordial respeto a sus amigos más amigos. Por dicha, no solo de gloria se vive ni solo por la gloria se es glorioso.

Gregorio, antes que gran poeta es alma pulcra. Ni la envidia ni el arrabismo, ni la egolatría ni la vanidad le han toca nunca. Presenta su alma en toda su pureza lírica; y ante los filisteos. - porque los hay aunque parezca frase- la cierra con un pudor del más puro tono apolíneo.

Y es así, que su gloria no está discernida académicamente, entre un helado deber intelectual. Ciudad tan discreta y medida como La Paz, ciudad donde las gentes gustan de mezclar elogio y socarronería, ciudad tan poco dada al entusiasmo repentista y al fervor de artificio, le ha rodeado con aprecio que, como todo lo aymará, es hondo y duradero. Y sus amigos, intelectuales habituados al análisis, dejaron bisturí inquisitivo habituados al análisis, dejaron bisturí inquisitivo o catalejo rebuscador para abrazar a este Reynolds dueño de tan gaudial y generosa sinceridad.

Ahora, Gregorio, en el arte, se orienta hacia formas novísimas y en la vida, hacia la quietud fecunda. Ya tiene un libro y me cuenta que en su niñez sembró varios árboles en tierras de la heredad familiar. La falta un hijo para ser sabio y feliz como los árabes.

Así es la vida en las grandes vidas: munifica en renovaciones y pródiga en horizontes y en caminos.

Manuel Kant, el simplísimo filósofo, genial vecino de Koenisberg, tenía en su cuarto de trabajo, una ventana abierta sobre una plaza de su pueblo natal, aquel donde fue maestro de escuela. La mesa de estudio estaba junto a esa ventana. Sobre la plaza, permanecía ante los ojos del sabio el gesto erecto de una torre.

Cuando Kant, ocupó aquel cuarto, alguien sembró un árbol en el centro de la plaza, en mitad de la recta que iba de los ojos del semidiós a la torre.

Todas las tardes, mientras su trabajo, el héroe miraba en la altura de la torre cuajarse el crepúsculo, temblar la veleta y bullir las aves frente a la melancolía vespertina, bajo el azul auricomado, sonoro y silente.

Pasaron años. El mismo Kant no los contó. Un día -era al corregir el último capítulo de una de las críticas - buscó el maestro su paisaje favorito: la torre poblada de aves soñolientas, locas de trino, y prendida de luces dormidas, pálidas de oro. No lo encontró. En su lugar, interceptando el último tercio del gesto erecto y la punta más alta de la torre, se hinchaba, temblorosa y bordada de reflejos la copa del árbol.

Habían pasado muchos años. El mismo Kant no los contó.

Desde entonces sus ojos se habituaron amorosos a la copa frondosa y cólica, llena de rumores profundos, de vislumbres acechantes entre rama y rama y de aves de arpeglo fecundo y arrullador.

No olvide Gregorio Reynolds que es posible dar muerte al filósofo, derribar la torre, aserrar el árbol. Nuevas manos elevarán otra torre y sembrarán otro árbol. En la silla desierta ante la mesa sin libros ni papeles, en el cuarto vacío, otro pensador volverá a pensar. Crecerá el árbol, se ocultará la torre y luces y aves llenarán de ritmo y color las tardes trascendentales del maestro.

Porque las torres inmóviles y mudas se ocultan tras de los árboles progresivos y vibrantes y el pensamiento solo tiene ojos para lo que crece, vive y enflora.

FIN